



Jornadas de Investigación en Filosofía

Departamento de Filosofía.
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
Universidad Nacional de La Plata

Foucault: de pastores y rebaños

Pablo Martín Méndez (UBA-UNLa-CIC)

Introducción

¿Por qué razón Michel Foucault dedica una parte importante de su obra al estudio del poder pastoral, al estudio de lo que simplemente se denomina como “la pastoral”? Y más aún, ¿por qué a nosotros nos resulta de gran importancia retomar esos estudios? En efecto, ¿acaso no es verdad que la religión judeocristiana se ejerce con una fuerza cada vez menor? ¿Acaso no es verdad que el miedo y la incertidumbre ya no nos conducen indefectiblemente hacia la institución eclesiástica —y tal vez hoy, hacia ninguna otra institución? De hecho, ese sería nuestro error, nuestra más terrible equivocación, a saber: el creer que el pastorado ha desaparecido o dejado de funcionar. En todo caso, aquella verdad es tan sólo una verdad a medias, una verdad que, paradójicamente, deviene funcional al modo en que el poder se ejerce en la actualidad. Nietzsche percibe el problema claramente y lo expresa en pocas palabras: “¿Quién de nosotros sería librepensador si no existiera la Iglesia? La Iglesia es la que nos repugna, *no* su veneno... Prescindiendo de la Iglesia, también nosotros amamos el veneno”.¹ Quizá hoy hayamos llegado a un punto en el cual nuestra domesticación es tan grande que nos impide apreciar la marcha lenta pero incontenible del veneno. Mientras que la mirada es desviada y dirigida hacia los lugares de siempre, el poder pastoral no cesa de avanzar y de proliferar por doquier. Mientras que creemos habernos vuelto resistentes a los venenos de antaño, los nuevos pastores gestionan venenos que prometen otro sabor, un sabor cuyo efecto es entorpecer y arruinar nuestro paladar, de modo tal que ya no seamos capaces de distinguir cuál es el veneno y de dónde proviene. Entonces, ¿por qué retomar los estudios de Foucault sobre el poder pastoral? Simplemente, porque allí encontramos, allí volvemos a encontrar, algo maravilloso y a la vez inquietante, algo tan antiguo como novedoso, algo que todavía no se agota y que aún tiene mucho para decirnos acerca de nosotros mismos.

¹ Nietzsche, F., *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, p. 49.

El poder pastoral como poder desterritorializado. El desierto y la soledad

En otro lugar,² hemos sostenido casi al pasar que el poder pastoral debería definirse como un poder “desterritorializado”, es decir, como un poder que no se ejerce o no se apoya precisamente sobre un territorio. Pues bien, ahora es el momento de abordar con un poco más de detenimiento lo que tal vez sea la característica más importante, o al menos la más novedosa, de dicho poder. Después de todo, ¿a qué remite el poder pastoral? ¿Cuáles son las implicaciones últimas de su ejercicio? Según Foucault, el poder pastoral se dirige a los hombres, implica la idea de un gobierno que se ejerce exclusivamente sobre los hombres. Y por supuesto, no se trata de cualquier tipo de hombres, sino de aquellos que se constituyen a la manera de un “rebaño”. Hay algo extraordinario en una idea semejante, algo que la hace ciertamente ajena al mundo grecorromano: “La idea de que la divinidad, el rey, o el jefe, es un pastor seguido de un rebaño de ovejas no resultaba familiar ni a los griegos ni a los romanos”.³ Antes bien, la idea del pastor y su rebaño se origina en el Oriente precristiano y pertenece al mundo hebreo; es una idea concebida por quienes han sido expulsados de un territorio y vagan a través del desierto en busca de la tierra prometida.⁴ De manera tal que, desde el principio,

“El poder pastoral es un poder que no se ejerce sobre un territorio; por definición, se ejerce sobre un rebaño y, más exactamente, sobre el rebaño en su desplazamiento, el movimiento que lo hace ir de un punto a otro. El poder del pastor se ejerce esencialmente sobre una multiplicidad en movimiento”.⁵

Digamos que el rebaño presenta dos características o dos condiciones que hacen del pastoreo un poder desterritorializado: en primer lugar, el rebaño se encuentra en el medio, entre en un punto y otro; en segundo lugar, la condición de estar en el medio implica necesariamente un desplazamiento, un movimiento. Permanecer en el medio y a su vez en movimiento son las dos caras de una misma situación, las dos caras del estado

² Véase Méndez, P. M., “El interminable ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas: seguridad, modulación y líneas de fuga”. En *5º Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, noviembre 2009.

³ Foucault, M., “*Omnes et singulatim*: hacia una crítica de la razón política”. En *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Altamira, 2008, p. 181. Para Foucault, la concepción greco-romana del gobierno se resume en la vieja y conocida metáfora del timonel y el navío, esto es, la metáfora en donde el rey aparece como un timonel y la ciudad como un navío que debe ser dirigido a buen puerto, siendo los hombres —o los tripulantes— gobernados indirectamente y tan sólo por el hecho de estar embarcados en ese navío. Cf. Foucault, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, FCE, 2006, p. 149 y ss.

⁴ Este principio adquiere su importancia, puesto que el espacio abierto e indefinido del desierto se confunde de inmediato con la soledad y, como veremos más adelante, la soledad en tanto sentimiento sumamente particular, la soledad en tanto pliegue por donde circulan múltiples intensidades, trazará la línea sobre la cual se irá organizando la modalidad de intervención propia del pastoreo.

⁵ *Ibid.*, p. 154.

siempre transitorio en el cual se encuentra el rebaño. Desde nuestro entender, esta situación explica en gran parte el desarrollo de las tecnologías de poder que a la larga constituyen al pastorado como tal. En efecto, si el pastor pretende asegurar la salvación del rebaño, si pretende conducirlo a la tierra prometida, necesitará implementar ciertas técnicas que le permitan gobernar sus desplazamientos a través de ese espacio desconocido y hostil que es el desierto. Así comprenderíamos mejor por qué en principio Foucault define al poder pastoral como un poder de cuidado y vigilancia permanentes: dado que en el desierto la marcha del rebaño debe ser constante, el cuidado y la vigilancia del pastor también tienen que ser constantes. Sin embargo, la peligrosidad y hostilidad del desierto, su falta de límites y de caminos concretos a seguir, su apertura desconcertantemente indefinida, implican que la salvación del rebaño sólo se asegure mediante la dedicación y la atención especial a cada una de las ovejas. Además de intuir los posibles peligros del desierto, además de discernir los lugares de descanso y de alimento, el pastor debe vigilar a las ovejas y garantizar que ninguna de ellas se desvíe, que ninguna de ellas sufra o deje de alimentarse durante la marcha. De ahí la necesidad de un poder extensivo y a la vez individualizador, de un poder capaz de conducir a la totalidad del rebaño sin desatender las diferentes singularidades que componen al mismo. Ahora bien, ¿dónde quedará el desierto que atraviesan el pastor y su rebaño una vez que la relación entre ambos sea incorporada en el seno institucional de la Iglesia cristiana? Resulta por demás evidente que a partir del momento en que el cristianismo comience a fundar parroquias aquí y allá, y la Iglesia asuma gradualmente un poder de carácter jurisdiccional, ya no habrá desiertos que transitar ni tierra prometida alguna a la que llegar. Y a pesar de todo, el pastorado seguirá manteniendo su especificidad frente al poder político entendido en términos tradicionales, seguirá conduciendo un rebaño de hombres. La diferencia consiste en que ahora el gobierno se ejercerá a lo largo de ese otro desierto que nosotros definimos como “soledad”. Se trata de algo mucho más complejo que el simple aislamiento físico o espiritual del individuo; se trata de todo un estado compuesto por intensidades múltiples y en permanente tensión, un estado tan vasto y hostil como el desierto de antaño.⁶ La soledad desterritorializa al individuo, lo ubica en medio de dos puntos y lo conmina al desplazamiento. Al fin y al cabo, ¿qué otra

⁶ Con la intención de evitar ciertos equívocos, deberíamos aclarar que nuestra definición de la soledad se inspira fundamentalmente en la filosofía de Gilbert Simondon y Gilles Deleuze. Desde la visión de Simondon, la soledad es el camino de descubrimiento que conduce hacia lo transindividual —siendo la transindividualidad una suerte de “rebasamiento” del individuo, y no una mera dimensión exterior a él. Cf. Simondon, G., *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, Buenos Aires, La Cebra y Cactus, 2009, pp. 415-418. En la soledad aflora el desierto; en la soledad el individuo se adentra en el afuera plegándose sobre sí mismo. Como señala Deleuze, “todo el espacio del adentro está topológicamente en contacto con el espacio del afuera, independientemente de las distancias y en el límite de un «viviente»”. Deleuze, G., *Foucault*, Paidós, Buenos Aires, 2008, p. 154. Y el afuera no es más que una batalla, una zona de “turbulencia o de huracán” en donde se agitan relaciones de fuerza y singularidades de resistencia capaces de modificar dichas relaciones. Cf. *Ibid.*, pp. 156-158. Es por eso que la soledad resulta tan peligrosa; es por eso también que la soledad pronto será el campo de intervención característico del pastorado.

cosa perseguían los movimientos y revueltas que en innumerables ocasiones pusieron en jaque al poder pastoral sino el retorno al desierto y a la soledad? Estos movimientos, que Foucault denomina “insurrecciones de conducta” o “contraconductas”,⁷ y cuya incidencia fue notoria hasta por lo menos siglo XVII, desarrollaron su lucha apoyándose en ciertos elementos y problemas de carácter fronterizo, elementos que la mayoría de las veces implicaban una posición sumamente compleja dentro del horizonte general del cristianismo.⁸ Pero más allá de su heterogeneidad, fueron insurrecciones tan específicas como el poder pastoral mismo, dado que pretendían definir metas y procedimientos alternativos a la hora de gobernar la conducta; en el límite, se llegaba incluso a plantear la necesidad de escapar a la mirada y la injerencia del pastor para elaborar un modo propio de conducirse. No deberíamos pasar por alto que un cuestionamiento semejante alteraría una y otra vez al desarrollo histórico del poder pastoral: El pastorado (...) se desplegó contra lo que de manera retrospectiva podríamos llamar desorden. Es posible decir entonces que hay una correlación inmediata y fundadora entre la conducta y la contraconducta”.⁹ En otras palabras, la singularidad que el poder pastoral elaboró y reelaboró durante siglos se corresponde precisamente con la especificidad de los movimientos que se revelaron y atacaron en forma directa a dicho poder. A partir de ese enfrentamiento, y bajo el pretexto de asegurar la salvación de las ovejas, el pastorado avanzaría en la construcción de un enmarañado y sutil dispositivo de poder, un dispositivo capaz de desplegarse sobre la soledad y conducirla hacia una nueva forma de servidumbre generalizada. Siguiendo nuestros propósitos, es importante tener en cuenta que el dispositivo en cuestión conlleva todo un proceso de desterritorialización que involucra tanto al pastor como a sus ovejas. Foucault ha señalado que el poder pastoral “no puede ejercerse sin conocer el interior de las mentes de la gente, sin explorar sus almas, sin hacerles revelar sus más íntimos secretos. Esto implica un conocimiento de la conciencia y una habilidad para dirigirla”.¹⁰ Ocurre que las técnicas de examen y dirección de conciencia, las técnicas que desde el siglo XVI se introducen poco a poco en las prácticas habituales de confesión, pusieron en marcha un poder empírico basado en los sentidos del pastor y el cuerpo solitario del penitente. Por un lado, el pastor es quien debe afinar y agudizar sus sentidos, sobre todo la mirada y la audición, para de esta manera

⁷ Véase especialmente la “Clase del 1º de marzo de 1978” del Curso titulado *Seguridad, territorio, población*, *op. cit.*, pp. 221-261, en donde Foucault propone el término en cuestión.

⁸ Tal es el caso del ascetismo, la vida comunitaria al margen de la Iglesia y el misticismo entre otros. Según Foucault, todas estas problemáticas fueron retomadas y utilizadas en sentidos diversos y siempre contrarios a la Iglesia. *Cf. Ibid.*, p. 244 y ss.

⁹ *Ibid.*, p. 227.

¹⁰ Foucault, M., “El sujeto y el poder”. En Dreyfus, H., y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001, p. 244. En tal sentido, resulta interesante recorrer la descripción de Foucault sobre el modo en que el sistema de “penitencia tarifada” deriva en las prácticas de confesión y estas últimas en la “dirección de conciencia” propiamente dicha. *Cf. Foucault, M., Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Buenos Aires, FCE, 2008, “Clase del 19 de febrero de 1975”, pp. 157-186.

facilitar la confesión y detectar en ella los placeres y deseos que recorren al cuerpo del penitente; lo cual equivale a decir que, del otro lado, el penitente se ve continuamente incitado a enunciar frente al pastor los placeres y deseos que experimenta en soledad. Así, la antigua confesión de las faltas cometidas contra los vínculos y relaciones jurídicas entre los individuos queda gradualmente relegada ante la enunciación del pecado proveniente de la relación del penitente consigo mismo.¹¹ Así también, mediante la confesión del deseo y el placer, el penitente y el pastor se desterritorializan el uno al otro y se introducen juntos en el hostil y peligroso espacio del cuerpo solitario y deseante.

La servidumbre generalizada y permanente. Entre el pastor y su rebaño

Hasta ahora hemos sostenido que el pastorado se ejerce “sobre” un rebaño, y eso ha sido por mera comodidad terminológica, porque el pastor y el rebaño no son dos figuras previamente separadas y mutuamente excluyentes cuya relación comienza cuando la primera viene a imponerse sobre la segunda de igual manera en que una forma se impone sobre una materia.¹² Antes bien, aquello que necesitamos abordar es la relación de poder que se produce entre ambos, la relación que se produce en medio del pastor y su rebaño sin llegar a confundirse nunca con ninguna de las dos figuras; pues, si el pastor y el rebaño existen como tales, es tan solo al final de la relación y en tanto extremos suyos. Existen al final y no al principio, existen como extremos que nada nos dicen por sí mismos. La descripción de Foucault sobre los procedimientos modernos de confesión ilustra de un modo claro y directo la relación que se produce en el medio. El pastor tiene que favorecer y suscitar las buenas disposiciones del penitente demostrando que se encuentra disponible para él y permanece abierto a la confesión que está a punto de escuchar. Se trata de un “amor benevolente”, de un deseo mediante el cual el pastor quedará ligado a las suertes y desventuras del penitente; se trata también de un formidable mecanismo de incitación que no se apagará durante el procedimiento de confesión.¹³ Ese mecanismo permitirá dar paso al consabido examen de conciencia, en donde el penitente enunciará sus placeres y deseos más íntimos y arrastrará continuamente al pastor por el sendero de la tentación. Tenemos entonces toda una

¹¹ De ahí que la masturbación haya aparecido de inmediato como uno de los primeros pecados contra la carne. Cf. *Ibid.*, p. 180.

¹² Es imprescindible, en este punto, remitirse a la crítica de Simondon en torno a los fundamentos y la validez del esquema hilemórfico: “La forma y la materia del esquema hilemórfico son una forma y una materia abstractas”. Simondon, G., *La individuación...*, op. cit., p. 48. Del mismo modo en que es necesario seguir siendo fieles a los principios metodológicos propuestos por Foucault en el momento de abordar el problema del poder: “no hay, en el principio de las relaciones de poder, y como matriz general, una oposición binaria y global entre dominadores y dominados, reflejándose esa dualidad de arriba a abajo y en grupos cada vez más restringidos, hasta las profundidades del campo social”. Foucault, M., *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, p. 114.

¹³ Cf. Foucault, M., *Los anormales*, op. cit., p. 169 y ss.

circulación de intensidades que no dejan de inclinar al pastor hacia sus ovejas y a las ovejas hacia su pastor. Aquí no hay distancia ni separación entre quien se confiesa y quien escucha la confesión, sino más bien una penetración mutua y un recorrido conjunto a través de todo un campo constituido por intensidades múltiples y variables que circulan y se desplazan de un lado a otro. En las palabras de Foucault apreciamos mejor esta suerte de invasión o penetración mutua: “un impulso es dado al poder por su ejercicio mismo; una emoción recompensa el control vigilante y lo lleva más lejos; la intensidad de la confesión reactiva la curiosidad del interrogador; el placer descubierto fluye hacia el poder que lo ciñe”.¹⁴

¿Cuál es el resultado de una relación tan compleja? ¿Qué es lo que se produce en medio del pastor y su rebaño? El resultado es la servidumbre generalizada y permanente: en primer lugar, porque comprende tanto a las ovejas como a su pastor; en segundo lugar, porque no se produce de un solo golpe, sino que se reactiva una y otra vez. Comencemos con la servidumbre del pastor, puesto que en este caso las cosas parecen ser un poco más sencillas. La servidumbre del pastor parte del “amor benevolente” que lo liga a la suerte del rebaño, del deseo ferviente que lo lleva a transferir y experimentar en carne propia todo el bien y todo el mal que le pueda acontecer a las ovejas, exponiéndolo así ante variadas tentaciones y peligros cuando trata de acercarse a alguna de ellas, y conduciéndolo incluso a humillarse y rebajarse con tal de contribuir a la edificación y salvación de su rebaño.¹⁵ En el fondo, la misión para la cual el pastor fue asignado nunca se reduce a una mera posición de autoridad frente al rebaño; por el contrario, esa misión debe ser asumida y experimentada como un “servicio” cuya intensidad y permanencia comprometan al pastor en cuerpo y alma. Ahora bien, a pesar de lo paradójico que pueda parecernos, la servidumbre que hace al pastor resulta en cierta manera más fácil de comprender si se la compara con la inmensa complejidad de la servidumbre que hace al rebaño de ovejas. Que algo semejante suceda nos dice mucho acerca de nosotros mismos. Como dirá Foucault, “el hombre occidental aprendió durante milenios lo que ningún griego (...) jamás habría estado dispuesto a admitir: aprendió a considerarse como una oveja entre las ovejas (...), aprendió a pedir su salvación a un pastor que se sacrificaba por él.”¹⁶ Más arriba, hemos mencionado que la combinación e introducción de las técnicas de examen y dirección de conciencia en los procedimientos habituales de confesión dieron lugar a un vasto proceso de desterritorialización que involucraba tanto al pastor como a sus ovejas. El camino que emprendimos luego nos hizo capaces de

¹⁴ Foucault, M., *Historia de la sexualidad I*, op. cit., p. 58.

¹⁵ Resumimos la serie de obligaciones y principios específicos que, según Foucault, el cristianismo añade a la pastoral hebrea, principios tales como la “transferencia exhaustiva”, la “inversión del sacrificio” y la “correspondencia alternada” entre otros. Cf. Foucault, M., *Seguridad, territorio, población*, op. cit., p. 199 y ss.

¹⁶ *Ibid.*, p. 159.

apreciar el hecho de que la desterritorialización implica una circulación o campo de intensidades en donde el pastor es arrastrado hacia sus ovejas y las ovejas son arrastradas hacia su pastor —y es que, efectivamente, la desterritorialización siempre aparece en el medio. Una vez llegados a este punto, sólo nos resta observar el modo en que todo aquel proceso vuelve a territorializarse, el modo en que se re-territorializa. Por supuesto, no estamos refiriéndonos a lo que comúnmente se entiende por territorio; estamos más bien pensando en otro tipo de territorialidad, un tipo de territorialidad que, siguiendo a Foucault, podríamos denominar como “estado permanente de obediencia”.¹⁷ Para comprender en qué consiste dicho estado, debemos detenernos en las prácticas de examen y dirección de conciencia implementadas por el pastor. En efecto, cada vez que el penitente es incitado a enunciar sus placeres y deseos, no deja de trazar una línea de desterritorialización que lo atraviesa y lo empuja hacia la soledad, hacia el desierto cargado de intensidades y tensiones que amenazan y ponen en peligro toda su integridad. Sin embargo, el penitente no se desterritorializa ante cualquier persona, sino ante un pastor que brinda consuelo y auxilio en medio del desierto, un pastor que incluso es capaz de cargar los peligros y amenazas sobre sus espaldas y al mismo tiempo dirigir al penitente hacia una prometida salvación. De modo que la confesión ante el pastor producirá una serie de alteraciones y modificaciones en el penitente; sobre todo, lo hará sentirse descargado de sus faltas y liberado de los peligros, lo hará sentirse también un poco más próximo a la salvación. Nótese que estas alteraciones y modificaciones constituyen en sí mismas un fuerte lazo de dependencia que se extiende desde el penitente hacia el pastor y une a ambos en medio del desierto; nótese además que el lazo en cuestión es de carácter integral, pues al penitente que atraviesa el desierto sólo le queda depender de la voluntad un pastor que se ofrece a guiarlo y auxiliarlo; nótese a la sazón que el lazo de dependencia implica una obediencia permanente hacia el pastor por el mero hecho de él es el pastor. El penitente no obedece una ley, no obedece un principio ni un mandato racional —¿quién sería capaz de obedecer semejantes cosas cuando se encuentra en medio del desierto?—, tampoco obedece con la intención de alcanzar un fin puntual o superar un problema concreto; por el contrario, el penitente obedece la voluntad del pastor y no procura ir más allá de ella, su obediencia es simplemente una obediencia, una obediencia que busca perpetuarse como tal. Así, las intensidades y tensiones del desierto son intervenidas y modificadas, son enlazadas a la voluntad del pastor y re-territorializadas en un estado indefinido de obediencia. Y ese estado de obediencia, esa nueva territorialidad, no es otra cosa que la individualidad del penitente; individualidad que en modo alguno implica una afirmación de sí mismo, sino más bien una renuncia permanente a la propia voluntad, una renuncia cuyo correlato es el deseo de ser gobernado por otros. El campo de intensidades deviene entonces en

¹⁷ Cf. *Ibid.*, p. 205 y ss.; Foucault M., “*Omnes et singulatim...*”, *op. cit.*, pp. 187-191.

individuo sumiso y la grandiosa soledad en “sucio secretito”, en “el punto frágil por donde nos llegan las amenazas del mal; el fragmento de noche que cada uno lleva en sí”.¹⁸

La proliferación. Ser pastor y ser oveja

Podrá decirse que todos los problemas descritos hasta aquí ya no son nuestros problemas; podrá argumentarse que el acto de constituirse cuan oveja dentro del rebaño es un agravio a la libertad, un agravio felizmente superado gracias al aporte del esfuerzo y la inteligencia; podrá pensarse, en fin, que todo aquello es un asusto correspondiente al cristianismo y no a nosotros —a *nosotros*, los que desde hace mucho tiempo creemos ser lo suficientemente inmunes como para prescindir de la Iglesia y sus venenos. He ahí nuestro error y nuestra más cruda debilidad, porque la pretensión de identificar al poder pastoral con la institución eclesiástica equivale a no ser capaces de apreciar el hecho de que el pastorado es, antes que nada, un poder carente de territorios y susceptible de ejercerse en lugares impensables; equivale también a una pobrísima manera de justificar la impotencia propia y la ausencia de voluntad. Mientras hemos perdido el tiempo burlándonos de la Iglesia y sus gastados métodos, el poder pastoral no ha cesado de proliferar y expandirse por doquier: ha sido ejercido por el aparato del Estado, sobre todo en lo que se refiere a la policía; se ha instalado en las familias y en las escuelas, en los consultorios médicos y en los hospitales psiquiátricos; incluso ha ingresado en las prisiones y en las fábricas.¹⁹ Pero si bien es cierto que el poder pastoral se sirvió históricamente de un sinnúmero de soportes institucionales ajenos a la Iglesia, en la actualidad podemos afirmar, sin miedo a equivocarnos, que el pastorado tiende a desprenderse de las instituciones para comenzar a funcionar y desplazarse a través de otros soportes menos territorializados. Basta encender la televisión o la radio, ingresar a la *net* o leer el periódico, y observar con atención las cosas que allí suceden: constantes interpelaciones a contarle todo, consejos y orientaciones que van y vienen, búsquedas desesperadas de diferentes formas de salvación —formas que se dirigen desde la salud, el bienestar y la seguridad, hasta el éxito o el simple reconocimientos de los demás. Sucede que en el mundo actual todos nos hemos vuelto en cierta manera ovejas y pastores al mismo tiempo:

“los hombres y mujeres «comunes como usted y como yo», que aparecen en la pantalla durante unos fugaces momentos (...), son personas tan indefensas y desventuradas como los espectadores, que padecen los mismos golpes y que buscan desesperadamente una salida honorable de sus problemas y un prometedor camino

¹⁸ Foucault, M., *Historia de la sexualidad I*, *op. cit.*, p. 87.

¹⁹ *Cf.* Foucault, M., “El sujeto y el poder”, *op. cit.*, p. 246.

hacia una vida más feliz. Entonces, yo puedo hacer lo que han hecho ellos, y tal vez incluso mejor. Puedo aprender algo *útil* de sus victorias y de sus derrotas”²⁰

Sería necesario observar cuáles son las consecuencias de esta formidable expansión del poder pastoral, de esta proliferación que hace de nosotros ovejas y pastores. Pero en tal caso sólo nos atreveríamos a proceder de un modo exploratorio, exponiendo preliminarmente, y en vistas a futuros abordajes, algunas inquietudes y problemas. En primer lugar, convendría detenerse en el hecho de que la proliferación de pastores implica la divulgación y diseminación de una inmensa cantidad de orientaciones y consejos generalmente contradictorios entre sí.²¹ De modo que las ovejas ya no pueden entregarse con facilidad a un único pastor capaz de calmar su incertidumbre, sino que ahora, quieran o no, se encuentran obligadas a escuchar las voces de otros pastores que dicen poseer la última palabra sobre tal o cual cuestión. En segundo lugar, y en relación a lo antedicho, la proliferación parece introducir ciertas modificaciones en el estado de obediencia que hace a las ovejas, dado que la intensificación de la incertidumbre no hace más que incrementar la dependencia y la necesidad de orientación. Así, la soledad deviene en desdicha insoportable y el individuo se aferra al primer pastor que le sirva como “ejemplo” cuando trata de definir y resolver sus variadas problemáticas.²² Sin embargo, los lazos de dependencia establecidos con ese pastor se desintegrarán rápidamente toda vez que aparezca otro pastor más convincente. El estado de obediencia sigue siendo entonces de carácter permanente, la diferencia consiste en que ahora los lazos de dependencia se reconstituyen una y otra vez. En tercer y último lugar, la proliferación vendría aparejada con la conocida y generalizada tendencia a exponer públicamente los asuntos “privados”, los “sucios secretitos”; tendencia que, por supuesto, continuaría funcionando como un modo de establecer lazos de dependencia entre el pastor y su rebaño, aunque los asuntos privados en cuestión ya no se derivan tanto de la confesión de cada oveja frente a su pastor como de la confesión de cada pastor frente a sus ovejas.

Bibliografía

BAUMAN, Z., *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2009.

²⁰ Bauman, Z., *Modernidad líquida*, Buenos Aires, FCE, 2009, p.74.

²¹ Zygmunt Bauman observa una contradicción semejante en el caso de la salud y la enfermedad: “Lo que ayer se consideraba normal y satisfactorio hoy puede resultar preocupante y hasta patológico, y requerir una cura”. *Ibid.*, p. 85. Desde el momento en que la noción de “enfermedad” se vuelva cada vez más vaga y brumosa, la correspondiente noción de “salud” ya no se quedará quieta, y lo que se producirá, en consecuencia, será una expansión incontrolable del cuidado de esta última.

²² Utilizamos el concepto de “ejemplo” en el sentido otorgado por Bauman, esto es, el ejemplo como experiencia ajena que permite dar forma y nombre a un problema vivido de manera individual. *Cf. Ibid.*, p. 72. Allí encontramos, una vez más, toda una modalidad de re-territorialización del desierto y la soledad.

DELEUZE, G., *Foucault*, Buenos Aires, Paidós, 2008.

FOUCAULT, M., "El sujeto y el poder". En Dreyfus, H., y Rabinow, P., *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 2001, pp. 241-257.

FOUCAULT, M., *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

FOUCAULT, M., *Seguridad, territorio, población. Curso en el Collège de France (1977-1978)*, Buenos Aires, FCE, 2006.

FOUCAULT, M., *Los anormales. Curso en el Collège de France (1974-1975)*, Buenos Aires, FCE, 2008.

FOUCAULT, M., "Omnes et singulatim: hacia una crítica de la razón política". En *La vida de los hombres infames*, Buenos Aires, Altamira, 2008, pp. 179-205.

MÉNDEZ, P. M., "El interminable ejercicio del poder en las sociedades contemporáneas: seguridad, modulación y líneas de fuga". En *5º Jornadas de Jóvenes Investigadores*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, noviembre 2009.

NIETZSCHE, F., *La genealogía de la moral*, Madrid, Alianza, 2005.

SIMONDON, G., *La individuación a la luz de las nociones de forma y de información*, Buenos Aires, La Cebra y Cactus, 2009.